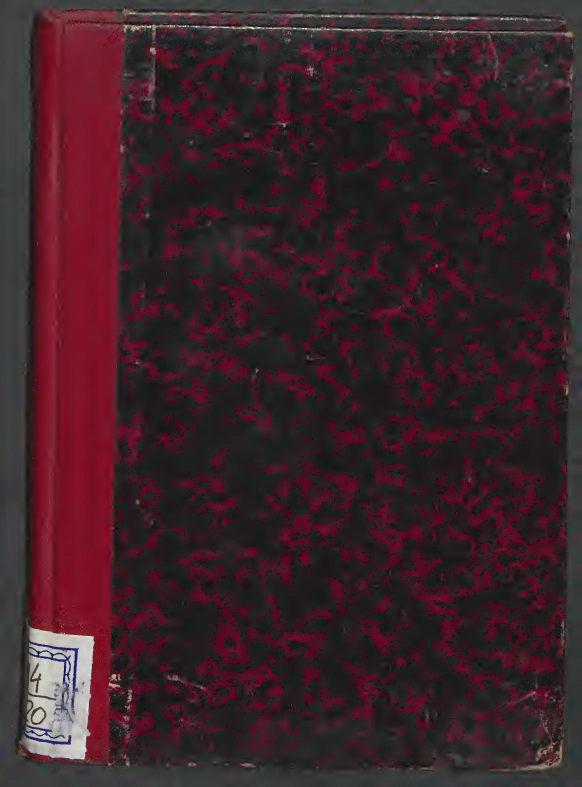
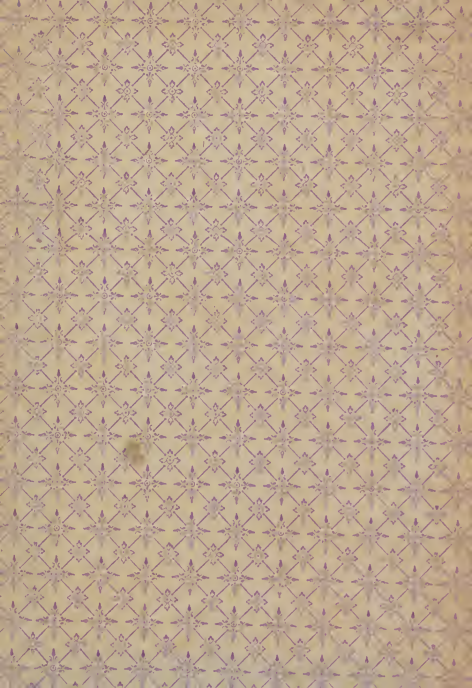
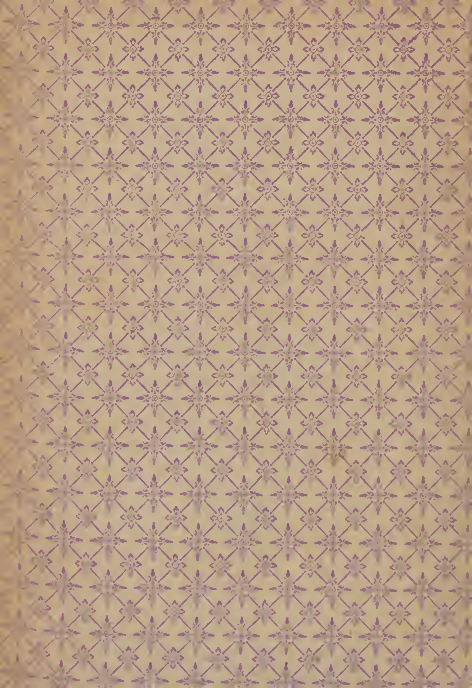






CÁRLOS PEÑARANDA

LA CONVERSIÓN DE UN ZEGRÍ

LEYENDA HERÓICA SOBRE UNA TRADICIÓN GRANADINA

LA ALHAMBRA

POESIA

(Composiciones presentadas en los Certámenes abiertos por el *Liceo de Granada*, con motivo de la coronación de Zorrilla, y declarados desiertos)

CON UN PRÓLOGO, POR

D. NARCISO CAMPILLO





MADRID
LIBRERIA DE FERNANDO FE
Carrera San Jerónimo, 2

SEVILLA
LIBRERIA DE HIJOS DE FE
Sierpes, 100.

La Coruña.—Imp. de *La Voz de Galicia*, á cargo de José M. Márquez

PROLOGO

El Liceo de Granada, tal vez por animar las famosas fiestas del Corpus, y atraer á ellas gran número de forasteros, tal vez por admiración y afecto á D. José Zorrilla, y probablemente por ambos motivos, decidió coronar solemnemente al anciano poeta legendario; y para que á esta coronación concurriesen cuantos elementos pudieran darla realce y brillo, invocó el auxilio oficial, el de las corporaciones y aún el de los particulares.

Mas como ningun rey puede estar sin cortesanos que le acompañen y sirvan, y un poeta coronado es una especie de monarca, ideó el mencionado Liceo abrir certámenes artísticos de poesía, música, pintura, etc.; y pues todo trabajo necesita de algún estímulo, puso el cebo y aliciente de varios premios destinados á la recompensa

y honra de las mejores composiciones que se presentasen. Verdad es que, más de treinta años antes, cuando la coronación del ilustre Quintana, único hecho de esta clase ocurrido entre nosotros y capaz de establecer precedente, no hubo certámenes ni se ofreció nada á los que enaltecieron los merecimientos del cantor de la imprenta y de nuestras glorias nacionales; lo cual en ninguna manera fué obstáculo para que todos los poetas y versificadores de entonces, grandes y pequeños, veteranos y principiantes, ofreciesen alguna flor de su ingenio al héroe de la fiesta. Desde tal época hasta hoy, puede asegurarse que de año en año, y hasta de mes en mes, ha ido aumentándose y generalizándose la afición y costumbre de esos escarceos poéticos designados con el arcáico nombre de *Juegos Florales*. Ya se trata de cierta Vírgen más ó ménos milagrosa, cuyos prodigios están pidiendo narrador que los refiera, ó lira que los cante; ya del parto de alguna regia persona, cuya descendencia viene como llovida del cielo, para hacernos archifelices á todos los españoles, que ni aún tenemos la suficiente sindéresis para apreciar tan soberano

bién; ya, por último, de las glorias de estupendas batallas, donde corria la sangre por arroyos, mientras el Dios de bondad miraba complacido desde lo alto la matanza, y á tomar parte en ella bajaban del empíreo ángeles y apóstoles blandiendo chafarotes descomunales, sobre caballos blancos; temas todos muy adecuados para el desarrollo de la general cultura: y para premiar las obras que de tales asuntos tratan, no suele faltar un relojito de sobremesa, ó un tinterito muy cuco, ó una rosa de esmalte, ó bién, metida en su estuche, una pluma de plata ú oro, y así los periódicos pueden decir á sus lectores: «El inspiradísimo poeta X, ó B, es el emplumado autor de la batalla de Clavijo. Con este son ya cuarenta y siete los premios que se ha ganado, por lo que tiene su casa llena de candelabros, figuritas de bronce, relojes, escribanías, etc., etc., que atestiguan sus dotes artísticas y la enormidad de su talento.» Algunas veces los Jurados, conociendo que los vates no suelen ser capitalistas, sustituyen la quincalla por dinero contante, y ofrecen sumas, por lo común mezquinas, en recompensa, como en las diversiones populares suele po-

nerse una sarta de chorizos, un jamón ó cinco duros al extremo de resbaladiza cucaña.

Atraidos por el cebo, como los pajarillos por el cimbel ó reclamo, concurren llenos de ilusiones, muchos autores noveles y algunos que no lo son, persuadidos de que para el buen éxito los merecimientos bastan, ignorando ú olvidando la sentencia de nuestro profundo Cervantes:—«Si es que son (los versos) de justa literaria, procure vuestra merced llevar el segundo premio, que el primero siempre lo lleva el favor ó la gran calidad de la persona.» Y esta afirmación, considerada casi como verdad axiomática en los principios del siglo XVII, se ha consolidado y robustecido más y más con el correr y la experiencia del tiempo, que nos muestra una larga serie de fallos injustísimos dictados por todo linaje de corporaciones y academias.

No faltó el Liceo granadino á la costumbre, y quiso también sus Juegos Florales, y abrió certámen, y convocó poetas, y señaló asuntos, y ofreció premios. Mas como dice el refran: *al primer tapón, zurrapas:* esto es, desde el primer momento aparece

la cosa algo turbia, y sobre todo, muy poco equitativa; pues mientras el público sólo tuvo noticia de las condiciones del certámen por la convocatoria, que daba un plazo breve y angustioso para pensar, escribir, y remitir las composiciones de los aspirantes, asegúrase que ciertos privilegiados autores sabían con anticipación los temas, las recompensas, y cuanto era necesario para desde luego ponerse á la obra, disponiendo de doble plazo que sus contrincantes. Y como si esta irregularidad, por no decir trampa, fuera cosa leve, nos avisan los periódicos de otro amaño, noticiándonos, con todas sus letras, que entre los miembros del Jurado calificador había parientes y hasta hermanos de alguno de los aspirantes, con el sencillo fin de dar á éste el premio y que todo quedase en familia. El clamoreo de la prensa, que resultó fundado y no desmintió nadie, fué un grito de alarma para el Jurado mismo y para los hijos de Apolo, que habían empleado tiempo, talento y trabajo con la esperanza de honrosa recompensa. Felizmente no se hallaba en tal número quien escribe estos renglones, y por esto con entera imparcialidad puede escribirlos.

Mas, aunque á tales *Juegos* sólo suelen acudir versificadores hábiles y jóvenes inexpertos, hallábanse esta vez mezclados con la espesa falange algunos verdaderos poetas, entre ellos mi buen amigo y paisano D. Carlos Peñaranda, que en sus diversos volúmenes de poesías líricas, en sus dramas, en sus cartas puerto-riqueñas y en otras publicaciones ha dado repetidas pruebas de su excelente ingenio. Autor es también de la leyenda titulada *La Conversión de un Zegrí*, y de las octavas á *La Alhambra*, que á continuación se imprimen, y en tiempo oportuno fueron remitidas al Jurado granadino para su lectura y calificación. No es por manera alguna mi intento el analizarlas ahora, poniendo de relieve las muchas bellezas que á entrambas enaltecen: dejo el cuidado de apreciarlas en lo que realmente valen á los lectores instruidos y discretos. Pero sí debo decir dos cosas: primera, que á consultarme el autor acerca de *Juegos Florales*, tal vez le hubiera desanimado, manifestándole el pobre concepto que de ellos tengo por larga experiencia; y me alegro ahora de no haberlo hecho, pues entonces no existirían las mencionadas composicio-

nes. Y segundo, que al leérmelas, ya concluidas á pesar de lo angustioso del plazo en que fueron engendradas, no pude menos de elogiarlas sinceramente, dando cordial enhorabuena á su autor y estimulándole á remitirlas enseguida á su destino. Parecíame entonces muy difícil, y me parece lo mismo ahora, que, dadas las circunstancias dichas, le hubiese aventajado algún otro aspirante; y caso de ser así, tanto mejor para el brillo del Liceo y para las letras españolas. Omitiendo comparaciones, pues para ser buenas y justas, preciso es conocer á fondo las cosas comparadas, y presuponiendo que *La Alhambra* y *La Conversión de un Zegrí* fuesen dentro del certámen únicas y solas, que no es poco suponer, sobrado mérito es el suyo para ser premiadas, máxime cuando diariamente tropezamos con multitud de engendros laureados y ensalzados *usque ad sidera* para mengua del buen gusto y de la crítica moderna.

Mas ¡cuál no seria mi asombro al saber por los papeles públicos que se habían presentado treinta y tantas leyendas, muchas docenas de poesías líricas al mencionado certámen, y que, sin embargo, el Jurado lo

declaró desierto en ambas secciones! Declarar desierto un certámen, oposición ó concurso equivale á decir: «Lo presentado es de tan ínfima calidad y escaso mérito, que no vale la pena de ser tomado en cuenta;» y esto es precisamente lo que niego, y lo niegan mejor todavía y de más irrecusable modo las siguientes composiciones de Peñaranda. Para motivar tan duro fallo, dícese que siendo los premios de mucha consideración, no pueden asignarse justamente sino á obras de extraordinario valer, que sobresalgan cien codos sobre el nivel común. Oportuno parece recordar que los tan cacareados premios son de mil pesetas para la poesía lírica, y de cinco mil para la leyenda: total, seis mil pesetas para los dos autores más sobresalientes. ¡Y esta suma se tiene por muy considerable tratándose de dos obras artísticas, que forzosamente requieren estudios, talento especial y laboriosas vigilias, cuando aquí se galardona, sin que nadie se asombre, con quince mil pesetas al caballito que llega antes que sus rivales al término de una carrera!

Omito las reflexiones irritantes que á cualquiera ocurren al comparar semejantes

datos, y voy á otro punto, á mi juicio inexplicable.

Verdad es que el Liceo Granadino declaró desiertos ambos certámenes; pero verdad es tambien, según se afirma, que el Jurado calificador tiene separadas algunas composiciones *de las desiertas*, como menos malas, y que prorrogará el plazo para la admisión de otras, durante seis meses. Claro es que sucederá una de estas dos cosas: se presentan poemas nuevos: no se presentan. En el caso primero, los últimos aspirantes llevan notoria ventaja sobre los anteriores, que dispusieron de poco más de un mes, mientras ellos disponen de medio año. En el segundo, ¿qué hará el Jurado calificador? ¿Volver á declarar desiertos los certámenes? Entonces ¿qué significa ese apartado, selección ó entresacamiento? ¿Premiar algunas de las apartadas ó selectas? Para acabar de este modo, valía más haberlas premiado en la época fijada, que era la propia y oportuna. Estas razones no tienen réplica. Podrán contestarse con alguna agudeza ó subterfugio, que nunca faltan cuando se les busca; pero no presentando motivos de verdadero fundamento. Punto y aparte.

A fuerza de cavilar, he dado tal vez con la causa explicativa de las mencionadas selección y prórroga. Por si acierto, voy á manifestarla. Los indivíduos que forman el Jurado calificador me parecen unos señores muy apreciables y hasta muy entendidos en sus diversas profesiones; pero, salva alguna que otra excepción, rapados á navaja en lo tocante á poesía; que bien se puede merecer título de docto médico, profundo jurisconsulto ó acaudalado comerciante, y no ser hijo de Apolo, ni sobrino, ni cuñado, ni amigo, ni conocido siquiera. En tal supuesto, que es el más probable, y decidiéndose la cuestión, no por mejoría, sino por mayoría de votos, posible es que esta mayoría profana se haya figurado que los versos participan de la naturaleza de los vinos, y así mejoran notablemente en calidad con el tiempo; de donde con toda lógica nace la idea de la selección y la prórroga. Si de otra parte proviene, me doy por vencido y declaro humildemente mi falta de perspicacia.

De cualquiera modo, los tan ponderados certámenes y su grotesca conclusión, aunque no produzcan otro buen resultado, ser-

virán por lo menos para acabar de abrir los ojos á ciertos poetas de talento, pero candorosos y humildes, que creen en las convocatorias y someten sus producciones al examen y juicio de unos cuantos señores; cuando el verdadero é inapelable juez de todo autor es el público, y el público entendido, que de seguro acaba siempre por imponer su fallo á la espesa muchedumbre.

A este público ilustrado é infalible remito ahora los excelentes versos de Peñaranda; y quédense los *Juegos*, sean ó no florales, para los ociosos y los niños, que son los que se divierten y gozan con juguetes. Vale.

Narciso Campillo.

Madrid 14 de Julio de 1889.

LA CONVERSION DE UN ZEGRÍ

(Tradición granadina)

LEYENDA HERÓICA

LA CONVERSIÓN DE UN ZEGRÍ

TRADICIÓN GRANADINA (1)

LEYENDA HERÓICA

LEMA

«En aquellas fantásticas regiones
el tesoro riquísimo se encierra
de aquellas misteriosas tradiciones
que la historia veraz de sí destierra,
mas que de sus recónditos rincones
breve la poesía desentierra,
y que al amparo de la fe y del arte,
forman en su region un mundo aparte.»

D. José Zorrilla.—Poema GRANADA.

INTRODUCCIÓN

Sobre la antigua Iliberia
de la conquista romana
la última córte del moro
sus alcázares levanta.

(1) *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada*, por Luis del Marmol.—Málaga, año de 1600. Libro 1.º Cap. XXV.)

Historia eclesiástica de Granada, por D. Francisco Vermudez de Pedraza. Granada, 1638. (Cuarta parte, capítulo XXI.)

Hoy su fama y su hermosura
no amenguan tiempo y distancia,
que es prestigio de bellezas,
áun más que verlas, soñarlas.
Y aunque Granada se mira
de sus esplendores falta
y de sus añejas glorias
y opulencia despojada,
atónito el extranjero
su admiración le consagra;
el agareno la llora
presa de eterna nostalgia;
como su joya más rica
nombra el español la Alhambra,
y el soñador andaluz,
retoño de aquellas razas,
la admira y sus penas llora,
cifra su orgullo en Granada,
ausente de ella, suspira,
y aún hace más, adorarla.

I

GRANADA MORISCA

¡Cuánto más bella era entonces
la regia córte africana!
Las cumbres de Sierra Elvira,
de vegetación exhaustas,
con las de Sierra del Sol
en color y luz contrastan.
De ellas al pié, y en el centro
del vistoso panorama,
de mil torres guarnecida
alza su frente Granada.
Su diadema, en una altura,
son los muros de la Alhambra,
y tiene en Torres Bermejas
gigantescas atalayas,
á que rinden homenaje
Albaicin y la Alcazaba.
Más allá, Generalife,

lugar de fiestas y zambras,
sobre la Silla del Moro
esquívase á las miradas.
Más lejos, los Alijares,
de amor y deleite estancia;
y á la diestra, pintoresco
en tejados y terrazas,
el barrio de Antequeruela
que, adosado á las murallas,
por las vertientes del Darro
populoso se derrama.
Darro y Genil, de la sierra
fríos y veloces bajan,
y el primero, acariciando
los arranques de la Alhambra,
suspenso de lo que mira
sale después de Granada
y con el Genil se junta
casi al pié de las murallas,
aportando cada río
á estas bodas de sus aguas.
aquél sus arenas de oro
y éste sus ondas de plata.

Su nombre llenaba el mundo,
porque era entonces Granada
la ciudad más floreciente

y populosa de España.
A ella ansiosos acudían,
buscando riqueza ó fama,
avarientos mercaderes,
y hombres de ciencia y de armas.
Calles y plazas henchía
muchedumbre abigarrada,
mezcla de muchas naciones
y de diferentes razas:
el astuto griego, el turco
feroz, el negro de Africa,
el egipcio, el tunecino,
se confunden y amalgaman.
Todo el Zacatín ocupan,
la plaza de Vivarrambla
y la vieja Alcaicería,
tiendas, bazares y casas
de mercaderes, y en ellos
en combinación bizarra,
brocados, cintas y plumas,
sedas, alcatifas raras,
pieles de león y tigre,
frutos de Persia y de Arabia,
marlotas y capellares
y resistentes adargas
y puñales damascenos
y alfanjes y cimitarras.

Cual sucede en las ciudades
que pregonan abundancia,
á millares los mendigos
invaden puertas y plazas,
ya con voces lastimeras,
ya con narraciones largas
ó romances, á los sones
de árabe guzla ó guitarra;
formando el raro conjunto
y esa conjunción extraña
de la miseria que llora
y la miseria que canta.

Desde Granada, la vega
de una ojeada se abarca....
¡Con cuánta razón el moro
su bien en ella cifraba!
De Diezma los chaparrales
defienden su angosta entrada,
y olivares mil la cercan
ricos de aceitunas ágrias
que con el copioso fruto
inclinan la espesa rama.
Frondosos álamos crecen
entre berberiscas palmas,
naranjos y limoneros
junto á cimbradoras cañas,

y, al pié de los altos olmos,
los nopales de hojas anchas.
Cubre los ásperos cerros
la vid añosa y tostada,
en cuyo botón jugoso
se hinche la uva y se esmalta.
Y cuando ardoroso estío
las mieses sazona y cuaja,
parece la extensa vega
con las rubias oleadas
de las espigas, que el viento
roza y el sol abrillanta,
un mar movible de oro
que se agolpa y se dilata,
que amenaza y que se aleja,
que se encrespa y que se amansa.

¡Bién su edén cifraba el moro
en la vega de Granada!
Como nidales de amores,
como albergues de esperanzas,
y poemas de alegrías,
los cármenes se destacan
rodeados de jardines
con murmuradoras aguas,
perfumados por las flores
y besados por las auras.

El rico ajimez que cubren
enredaderas y plantas,
los misterios que se esconden
tras la tupida persiana,
frases galantes denuncian,
miradas que son palabras,
palabras que son suspiros,
y suspiros que son ansias,
y besos que son poemas
y poemas que son lágrimas.

De este edén, reina y señora,
se alza orgullosa Granada,
y en sus altos miradores
de una ojeada lo abarca.
Su cielo es dosel de gloria;
verde alfombra de su planta
la vega, espejo sus rios
de tanto esplendor y galas.
Allí la luz tiene rayos
de oro, murmullos las aguas
de misteriosas venturas,
dulce susurro las plantas,
promesas de amor el cielo,
la noche luz de esperanzas,
más rico aroma las flores,
más brillo la luna pálida,

y el aire blando, en sus giros,
rumor de besos que estallan.
Es Granada, de Damasco
la rival afortunada,
de Persia vivo reflejo
y compendio de la Arabia;
y por su cielo, su clima,
sus rios y sus montañas,
sus jardines y su vega,
es un resumen de Italia.

En la tarde, cuando á ocaso
el sol silencioso baja;
cuando abandona la vega
y las torres de Granada
y el crepúsculo dudoso
extiende sus sombras rápidas,
lanza sus últimos rayos
sobre la cumbre más alta
de la sierra, en nieves rica,
que la defiende y resguarda,
y, amante que se despide,
vuólvese para mirarla.

II

UNA FIESTA EN LA ALHAMBRA

Era monarca en Granada
Boabdil, de triste memoria,
que entregó el cetro, y la espada
rindió, muriendo sin gloria,
en causa ajena empeñada.

Fugitivo y muerto Hacén,
el bravo Zagal vencido,
el cetro, que juzga un bién,
á sus manos ha venido
y la corona á su sién.

Mas su herencia desmembrada
se desvanece cual sombra
en guerra nunca acabada;
rey de Granada se nombra
y apenas reina en Granada.

y vistosos miradores,
mosaicos, y entalladuras,
y, entre salientes molduras,
ajimeces de labores

tan peregrinas y expertas,
de tan excelso modelo,
que parecen aéreas puertas
por manos de un dios abiertas
entre la Alhambra y el cielo.

Paraiso musulmán
es el palacio á estas horas
como lo pinta el Korán,
y hurís las gallardas moras
que rodean el diván

de Aixa, la antigua sultana
célebre por los rigores
de su altivez soberana,
la que á Boabdil, su hijo, allana
el trono de sus mayores.

Zaida allí, cuya belleza
es de Gazúl muerte y vida,
Leila, de gran gentileza,
Moraima, por flor tenida,
Jarifa, honor de Baeza,

y Fátima, que es en rama
de rosal tierno capullo,
mora á la que el pueblo aclama
la más bella, hija y orgullo
del bravo alcaide de Alhama.

Tal luz su pupila aduna
como el azulado velo
en clara noche de luna;
que no hay diferencia alguna
entre sus ojos y el cielo.

Parecen, sin otras mañas
que ser en belleza extrañas
y del amor embelesos,
su boca cita de besos
y haz de sueños sus pestañas.

Velo de perlas sembrado
circuye el rubio tesoro
de su cabello ondeado,
y su brazo sonrosado
gruesas ajorcas de oro.

Entre el collar de diamantes
la nieve del seno asoma,
en ímpetus anhelantes

cual las plumas palpitantes
del cisne y de la paloma.

Deponiendo sus ultrajes,
allí están, como otras veces.
nobles y opuestos linajes;
Alboradís y Alabeces,
y Zegrís y Abencerrajes.

Y el Zegrí Azaator, que encierra
el ardor moro en su porte,
formado para la guerra
en los riscos de la sierra.
no en los ocios de la córte.

Sin placeres ni serrallo
libre creció en la Alpujarra,
ni de otro amor fué vasallo
que el de su lanza y caballo
y su corva cimitarra.

Aun joven, lleva en sus ojos
el sello de grave idea
y contenidos arrojos,
y, de su edad con enojos,
su negra barba blanquea.

Mas como helada corteza
que de un volcán la honda acción
tapa en la invernal crudeza,
tiene nieve en la cabeza
y fuego en el corazón.

Nadie en carrera le alcanza,
ni en Granada ningún otro
puede igualar su pujanza
cuando arroja grave lanza
ó cuando refrena un potro.

Pero vió á Fátima un día
y oyó su voz melodiosa,
y creyó que ante él se abría
el cielo, y que era pasmosa
revelación lo que oía.

Que tal su pecho ha sentido
calor extraño y suave,
como agreste árbol erguido
en donde fabrica un ave
por vez primera su nido.

No bien la fiesta empezó
con fausto y bellezas tantas,

un esclavo se inclinó
de Fátima ante las plantas
y de esta suerte le habló:

—«Acepta el ramo, señora,
si no lo estimas ultraje,
que formó, al lucir la aurora,
para tan gallarda mora
Zulema el Abencerraje.»

Calló el concurso, y la bella
cogió el ramo con temor
presintiendo árdua querella,
y en su mejilla el rubor
marcó repentina huella.

Mas, á poco de anudado
el festin, y sin que allí
se hubiese el ramo entregado,
en la mano del Zegrí,
mústio estaba y deshojado.

Rugió al verlo, de coraje,
el altivo Abencerraje,
y, al Zegrí mirando atento,
así prorumpió en violento
y amenazador lenguaje:

—«Mal conoces mis furores,
cobarde, pues vientos siembras.»
Y añadió luego:—«¡Señores,
ved que bién sientan las flores
en las manos de las hembras!»

Y cohorte numerosa
se apercibe á la refriega
y aisla al Zegrí rencorosa,
cual ola que se repliega
para avanzar más furiosa.

Mudó el Zegrí de color,
y «venid,» murmuró quedo
con ese febril temblor
que es en el cobarde, miedo,
y en el valiente, furor.

«Venid, pudo al fin gritar,
todos juntos, sin reparos:
acudid sin vacilar,
que yo no me he de tomar
ni áun la pena de contaros.»

Y relumbraron las hojas
de los alfanjes veloces
mil veces en sangre rojas,

y hubo en las damas congojas,
sustos, desmayos y voces,

hasta que al bullicio atiende
y «¡alto al Rey!» grita Boabdil,
y Aixa, que en ira se enciende,
dice:—«¡No es noble, es un vil,
quien á su monarca ofende!»

—«¡Tened—añadió—el furor
y las insolentes manos,
y ved que estará mejor
ese alarde de valor
enfrente de los cristianos!»

Y exhortan á los contrarios
á que allí se satisfagan
de sus celos temerarios,
y á que tales adversarios
nueva tregua y paces hagan.

Aquellos hombres de acero
ceden ante el soberano;
mas surge un lance postrero,
y es, para alargar la mano,
quién debe avanzar primero.

—«No vengo de baja grey,

el Zegrí dice importuno,
y sobre mi, según ley,
está el rey, por ser el rey,
mas despues del rey, ninguno.»

Y el soberbio Abencerraje
repone con altivez,
infiriendo nuevo ultraje,
que es más noble, y su linaje
el de los reyes de Fez.

Y entre la turba apiñada,
del santon Macer se advierte
la voz que predice airada:
—«La hora llega de tu muerte!
¡Ay!—repite—¡Ay de Granada!»

Aixa al fin el fuego apaga
del rencor, en el que asoma
esa invisible carcoma
que se extiende y se propaga
cuando un reino se desploma.

Más que risueña, sombría
prosiguió después la fiesta,
pues no está la de este día
por la común alegría
y el mútuo afecto dispuesta.

De nuevo los atabales
sonaron, á mora usanza,
de falso gozo señales,
y oyéronse los iguales
movimientos de la danza.

Las damas, de sus amores
tornaron á la terneza;
los nobles á sus rencores;
Aixa á su altiva fiereza
y Boabdil á sus temores.

III

NARRACIÓN HISTÓRICA

El siglo décimoquinto
casi á su término toca,
y conquistada Almería
y Baza, Guadix y Loja,
determinaron los reyes
que Católicos se nombran,
poner á Granada cerco
y estrechar la gente mora,
cuyas huestes ya deshechas
están, mermadas y rotas.
A este fin el rey Fernando
junta sus mejores tropas,
á los nobles de los reinos
para la empresa convoca,

y en Alcalá la Real
dejando á su egregia esposa,
con cicuenta mil infantes
y diez mil caballos, toma
el camino de Granada
que, á su presencia, se asombra.
Atambores y clarines
y agudas y recias trompas
resuenan al divisarla
y los espacios asordan;
y el sol que á Granada alumbra,
en vez de cármenes, dora
espesa y movible selva
de cascos, lanzas y cotas.
De escuadrones mil la marcha
contínua, grave y monótona,
acompasados ruidos
reproducen y prolongan,
y de la cercana sierra
deshabitada y fragosa,
despiertan ecos dormidos
en las cavidades hondas.

Ocupa el rey don Fernando,
con rápida maniobra,
cuantos lugares y sitios
á su pensamiento importan;

y no hay garganta de sierra,
ni posición ventajosa,
ni hondo llano, ni alta cumbre,
ni sendero hecho en la roca,
ni fortaleza, ni pueblo,
tres leguas á la redonda,
que no ostente de Castilla
las enseñas victoriosas.
En el Gozco se detiene
y sus reales coloca,
y allí, pasado algún tiempo,
la reina se le incorpora,
y en la tienda del de Cádiz
con los príncipes se aloja;
y tras razones muy largas
apretar el cerco adoptan,
la fértil vega talando
desde una sierra á la otra,
á fin de que el sitio sea
breve, y el hambre forzosa.
Incéndiase el campamento,
y como entusiasmo sobra,
álzase ciudad de piedra
con celeridad pasmosa:
que las llamas, esa noche
de sobresalto y congoja,
no fueron al castellano

advertencia misteriosa
de tristes calamidades,
ni presagio de derrota,
sino del muerto Islamismo
las funerales antorchas.

La reina Isabel primera,
según rezan las historias,
de grandes virtudes centro,
de fé espejo, de alma heróica,
era de impaciencia suma,
y de condición fogosa,
de varonil ardimiento
y en resoluciones pronta.
Así, con creciente pena
vé que el cerco se prolonga,
la resistencia la enciende
y la tardanza la enoja;
y á la aldea de la Zúbia,
que está en las faldas frondosas
de Sierra Nevada, á tiro
de Granada y ya tan próxima
que parece que sus torres
casi se alcanzan y tocan,
ir resuelve, donde vea
la ciudad que la enamora,
sus alcázares, jardines

y riquezas portentosas,
así gozando la idea
de anticipada victoria.
Síguenla con dos mil lanzas
escogidas y briosas,
Alonso Aguilar, los duques
de Cádiz y de Escalona,
el fiel conde de Tendilla
de heroicidades famosas,
Garcilaso de la Vega
que hizo en ella hazaña heróica,
cuyo brazo nadie iguala
cuando gruesa lanza arroja,
y á cuyo nombre apercibe
largos vínculos la gloria;
Montemayor y Alcaudete,
y el gran Gonzalo de Córdoba,
de valor impetuoso
y prudencia cautelosa,
hoy asombro de Granada,
mañana asombro de Europa.
Piadosa Isabel primera,
sus capitanes exhorta
á que rehuyan combate
si á él los árabes provocan,
curando que por su causa
no se derrame una gota

de la sangre del soldado
varonil y generosa.

Y hacia la Zúbia subiendo,
con destreza tal que asombra,
rige el ímpetu fogoso
del corcel blanco que monta:
van detrás sus capitanes
formando invencible escolta,
y en pos los dos mil caballos
rápidamente galopan.
Envueltos en denso polvo
los mira Granada absorta,
y el pisar de los corceles
repercute en las medrosas
viviendas, y hasta se duda
si por las calles rebota.

IV

EL CONSEJO

Desde los altos muros de la Alhambra
el movimiento audaz Boabdil observa
del campo castellano, que parece,
según se agita, múevese y se acerca
ancha serpiente de anulares curvas
que, veloz, se desliza por la vega,
y se pára en la Zúbia, y apoyando
en las casas del pueblo la cabeza,
se hincha, despues de ondulaciones largas,
y se enrosca en las faldas de la sierra.
Más que el vivo fulgor de los aceros
que devuelven del sol la luz intensa,
la indignación, la rabia, del rey moro
la faz anublan y los ojos ciegan.
Se detiene su sangre, que circula
cual derretido plomo por sus venas,

iracundo giró por la asamblea
hasta hallar á Azaator, que así prorumpe:
—«¡Grande es Alah! Su decisión suprema
mortal ninguno á penetrar alcanza;
mas desmayar al bueno no aconseja,
aun cuando justo encuentro que abandone
á los que así abandonan su creencia.
¿Quién habló de rendirse? ¡Antes Granada
sea destruida y tráguela la sierra
desgajada por recio terremoto
que en sus hondos cimientos la conmueva!
Debilidad es ésta propia sólo
del cobarde que advierte su impotencia.
ó necia salvación que sólo invocan
ó los débiles viejos ó las hembras.
La victoria es un don de la fortuna;
no del ánimo así la fortaleza
que en el largo infortunio se acrisola
y en los grandes peligros se acrecienta.
¡Fuerza es luchar! Del pecho generoso,
cuando sucumbe ante la suerte adversa,
es galardón bastante, la distancia
que media entre sufrirla y merecerla.»
Cesa el Zegrí, y estalla en el concurso
franco rumor de aprobación en muestra,
y los mismos que há poco desmayaban
al entusiasmo animador se entregan.

Cierra el consejo el rey: reunir dispone
seis mil ginetes, y al Zegrí encomienda
desbaratar el campo castellano,
ya en él tan sólo su esperanza puesta.

Al cruzar las estancias que conducen
á la elevada Judiciaria puerta,
blanda voz al Zegrí nombra y detiene.
Fátima, amiga y dama de la reina,
allí le aguarda. De los dos amantes,
¿qué pluma puede repetir la escena?
Acongojada Fátima y llorosa
ruega á Azaator que su designio tuerza,
y lágrimas y quejas y sollozos
á suspiros se juntan y á protestas.
«No es tiempo de llorar:—el Zegrí dice—
¡Hora es de muerte y de venganza!»—Sea—
Fátima exclama:—¡Vé! Mas si á tu brazo
Dios la victoria conceder quisiera,
no olvides que con tristes y vencidos
el generoso corazón se muestra;
y si tu fuerte espíritu vacila
en la arriesgada y colosal empresa,
dirige hácia los regios miradores
tus ojos, que otros desde allí te observan,
y tu brazo en la lid, tu fe en Granada,
Zegrí, no olvides que mi amor te espera.»

«¡Fátima, adios!—el moro añade.—Y oye.
Si del combate en la ocasión incierta
ruda muerte asaltárame, á Alah pido
sólo que en tí pensando me sorprenda.»

Tres veces se despiden, y otras tantas
vuélvense á unir, y á renovar protestas
de su hondo amor, porque propicio instante
á la fatal separación no encuentran.
Ronco fragor de cajas y añafiles
á realidad terrible los despierta,
y al prolongado son, beso furtivo
suave murmullo imperceptible mezcla...
¡Primer beso de amor! ¡Hirviente espuma
en olas amarguísimas de pena!

Con esfuerzo supremo al fin se apartan;
míranse, en varia dirección se alejan.
él, resuelto, á los campos de la Zubia,
y hácia los altos miradores ella.

V

EL DESAFIO

Entre estrópito marcial
sale el Zegrí con tal ira
al campo, y violencia tal,
que el lanzón, de Puerta Elvira
se le rompe en el quicial.

Mas no anubla su esperanza
este presagio sombrío,
y firme y resuelto avanza,
en el pecho nuevo brío
y en la ancha cuja otra lanza.

Monta el Zegrí, turbulento
y negro potro andaluz
de tan veloz movimiento
como los giros del viento
y los rayos de la luz.

Lleva adarga reluciente
que esculpe mora falanje,
jacerina resistente,
azul marlota, y, pendiente
de ancho tahalí, corvo alfanje.

En blancas plumas remata
el recio almete del moro,
y el sol sus luces desata
en acicates de oro
y en estriberas de plata.

Ganoso de acometer,
ni se puede contener
ni á sus ginetes aguarda,
que de luchar y vencer
yá el momento se retarda.

Y lanzando hácia la sierra
su bravo corcel de guerra,
su velocidad tal es
que parece que la tierra
se escapa bajo sus piés.

Yá del castellano enfrente,
dió tan recia acometida,
tan desusada y valiente

que, confusa y sorprendida,
se desordenó la gente.

Y Azaator, que el rostro arder
siente de ïra, así arguye:
—«¡Armas aquí vine á hacer,
mas fuó error, pues vengo á ver
cómo, entre cristianos, se huye!»

Mas, gallardo caballero
todo cubierto de acero
ve adelantarse hacia él,
en el galope ligero
de su volador corcel;

y así le escucha gritar:
—«¡No tal, moro, has de decir,
que aquí sólo has de encontrar
manos para pelear,
pero no piés para huir!»

Y la fuerte lanza aferra,
y, de saludarse en pos,
al partir distancia y tierra,
abre la gente de guerra
ancho espacio entre los dos.

—«¡Gonzalo!—exclamó el Zegrí—

quién eres só y tu alta historia.
¡Fortuna me trajo aquí,
que aún ser vencido por tí
basta de un héroe á la gloria!

Mas hoy tu fama, empeñada
está en lid más porfiada
y de más árduo embarazo,
pues va á combatir mi brazo
por mi Dios y por Granada.»

Da Gonzalo, en faz adusta
de tal arrogancia el pago:
al brazo la lanza ajusta
gritando con voz robusta:
—«¡Por Castilla y por Santiago!»

Yá dos embestidas van,
y hacen las lanzas astillas,
no de flaqueza ademán,
que ambos parece que están
enclavados en las sillas.

Mas el fuerte castellano
aguda astilla levanta
que se le quedó en la mano,
y al corcel del mahometano
la atraviesa en la garganta.

Del caballo á la caída
retembló en torno la sierra,
mas se alzó el mozo enseguida.
y de Gonzalo, pié á tierra,
aguardó la acometida.

Del bruto entonces se baja,
de su nobleza en alarde
Gonzalo, y su triunfo ataja,
que sólo lucha un cobarde
con manifiesta ventaja.

Cuerpo á cuerpo y mano á mano,
sin desigualdad notoria
luchan moro y castellano,
y en su esfuerzo soberano
suspensa está la victoria.

De rabia el Zegrí rugió
y, como el tigre, saltó
con agilidad pasmosa,
y á Gonzalo descargó
cuchillada impetuosa.

Quedó un punto vacilante
el héroe, pero al instante
del recio golpe rehecho,



del moro dirige al pecho
estocada penetrante.

En vano el Zegrí, ligero
apercibióse á pararla,
que, según entró el acero,
dúdase que fué primero,
si dirigirla ó pensarla.

Dió el fuerte Azaator en tierra
cual se desploma un gigante...
Al par resonó distante
clamor de triunfo y de guerra,
y, de Granada delante,

vióse cómo hormigueaba
la morisma, y se empujaba
en vergonzosa carrera,
y en la ciudad penetraba
cual si el muro la absorbiera.

Lleno de muertos el llano
dejó el moro fugitivo;
que no hubo tregua en la mano,
ni soldado castellano
que no cogiera un cautivo.

Mas, como Gonzalo siente

que cerca del Zegrí se halla
buen golpe de ociosa gente
que acaso busca impaciente
despojos de la batalla,

así dice á sus guerreros
—«¡Nadie su persona ofenda!
¡Al real, los prisioneros,
al alcance, los arqueros,
y ese valiente, á mi tienda!»

VI

DE CÓMO FÁTIMA DIÓ POR MUERTO AL ZEGRÍ

Injusto el reloj del tiempo
con desigualdad señala
para el placer horas breves
y para el dolor muy largas;
Así Fátima, en los altos
miradores de la Alhambra,
juzga siglos los intantes
que en incertidumbre pasa.
Vió los árabes ginetes
partir desde las murallas,
y al Zegrí, que ha conocido
por la apostura gallarda,
el potro negro y brioso
y las escogidas armas,
á todos adelantarse

con rapidez temeraria.
Roncos clarines le anuncian
que se trabó la batalla,
si yá el pecho en sus latidos
aún antes no lo anunciára.
Más que contempla, adivina
los recios botes de lanza,
los encuentros y los golpes,
los ardides y emboscadas,
y el color se le demuda
y honda congoja la embarga;
y cuando vé á los ginetes
que salieron de la plaza
en fuga, espanto y desórden
agolparse á las murallas,
prorumpe en grito terrible
que el corazón le desgarra,
y, blanca como una muerta,
cae en el suelo desplomada.

Vuelta del hondo desmayo,
las voces que en torno estallan,
los lamentos y alaridos
que resuenan en Granada,
hielan la sangre en sus venas
y la enloquecen y matan.
De la Alhambra por los patios

y de las calles cercanas
sólo llegan á su oído
estas funestas palabras:
—«¡No vuelve el Zegrí! ¡No vuelve!»
y añadir voces que espantan:
—«¡Como un héroe ha combatido
y sobre el campo descansa!»

¡Noche de luto y de horrores
fué aquella noche en Granada!
No hay casa sin un lamento,
ni sin terror un alcázar,
ni una sombra sin presagios,
ni torre sin doble guarda.
No hay moro á quien de un amigo
no aflija la suerte infausta,
ni una amante que no gima,
ni madre alguna sin lágrimas.
Y para colmo de males
y cúmulo de desgracias,
ronca tempestad, furiosa
desciende de las montañas,
recia y resonante lluvia
de las nubes se desgaja,
Darro y Genil se desbordan
y cadáveres arrastran,

y todo cede al empuje
de las turbulentas aguas.

Respondiendo á las del cielo
las tempestades humanas,
Boabdil en ira se enciende
recordando añejas faltas,
y á muerte inícua sentencia
al viejo alcaide de Alhama,
que yá, aunque de culpa ajeno,
pagó con prisiones largas
los inevitables triunfos
de las castellanas armas.

A un tiempo Fátima hallóse
de padre y de amante falta,
y á soledad espantosa
y á tristeza condenada.
Largo insomnio la desvela
y lenta fiebre la asalta,
y la consume y devora
idea tenaz ó ingrata,
antigua y fija en su mente
en horas menos amargas,
que al amado Zegrí nunca
atrevióse á revelarla.

Mas no atañe á su inocencia;
no son tan puras ni intactas
ni la nube en los espacios
ni la nieve en las montañas.
Sólo un beso dió al Zegri,
y fuó con pureza tanta
que sintió el roce en los labios
y sintió el beso en el alma.

Sola, triste y sin fortuna
vagó una noche en Granada,
huyendo de los terrores
de Boaddil y de la Alhambra.
hasta que amparo le ofrece
una amiga de la infancia.
Vive allí, pero muriendo;
y de tal modo se acaba
que alma viajera parece
en el mundo desterrada,
que el término anhela, y viendo
la muerte que al fin avanza,
para acortarle camino
adelántase á esperarla.

Y así transcurren los días
entre sollozos y lágrimas,
lentos mientras van pasando

y veloces cuando pasan:
que injusto el reloj del tiempo
con desigualdad señala
para el placer horas breves
y para el dolor muy largas.

VII

LA ENTREGA DE GRANADA

Llegó entretanto el suspirado día
en que, rendida la oriental Granada,
quedó, tras largos siglos de porfía,
la tenaz reconquista consumada:
cayó la estrella de Boabdil sombría,
y, la cerviz del árabe humillada,
todo es en la ciudad luto y lamento,
todo entusiasmo y gloria el campamento.

De su fortuna el mísero mandato
ni intenta resistir la gente mora;
parte Boabdil á su destino ingrato,
y, al doblar el Padul, suspira y llora:
el campamento, en fervido arrebato
aguarda aún... ¡La cruz dominadora

al fin en lo alto de Granada brilla
y la enseña triunfante de Castilla!

¡Sombras augustas de Isabel primera
y del noble Fernando, en vuestro pecho
la fé tan sólo alimentar pudiera
triunfo tan alto y tan glorioso hecho!
¡Yá vuestra enseña sin rival impera,
y del cántabro mar hasta el Estrecho
una es y sola la familia hispana
y una también la tierra castellana!

Tú sentirás, Granada, el soberano
poder transformador que te visita:
yá el edén no serás del mahometano
que amor consagra y que el placer habita:
será hogar, el harém del africano,
convento el yermo, iglesia la mezquita.
y regio pedestal la Alhambra mora
de la cruz del cristiano redentora.

Señalando seguro al Occidente
triunfo mayor, grandeza no soñada;
el egregio Colón muestra su frente
en profética luz iluminada
aún la reina Isabel del moro enfrente,
oye la nueva, al genio revelada,

y, atónitas, las naves españolas
ven un mundo surgir entre las olas.

Que sólo España, á precio de su llanto,
el orbe en su grandeza rehabilita,
y en Granada, en las Navas y en Lepanto
á Europa largo cautiverio evita.
¡En toda empresa de entusiasmo santo
no hay página inmortal, que no esté escrita
con nuestra sangre pródiga, y firmada
por invencible y española espada!

sus ojos vuelve, y su sonrisa asoma
como si el cielo distinguir pudiera:

que su dulce mirada de paloma
tiende á Dios, como tienden á la altura
la llama, la plegaria y el aroma.

Aunque muere, conserva su hermosura
que nube intensa de dolor empaña:
tiene su ajado rostro la blancura

de la nieve cuajada en la montaña;
y es tan móvil su gracia seductora
y á su mortal dolencia tan extraña,

que si sonrie, ó se entristece y llora,
velan su faz las sombras de la tarde
ó la invaden las tintas de la aurora.

Zaida, creyendo que su sueño guarde,
con ágil paso, en que el rumor mitiga,
se acerca, haciendo de silencio alarde.

Zaida es la noble, la piadosa amiga,
de escondida virtud raro destello,
que amor y llanto á Fátima prodiga.

Negros sus ojos son, cual su cabello,

y fueran lo mejor de su persona
si no tuviera el corazón más bello.

Más disputado premio no ambiciona
que salvar á su amiga, y ni un instante
el cuidado de Fátima abandona.

Se acerca; mas del lecho no distante,
vuelve Fátima el rostro sonreida
y «¡Zaida!»—dice en voz insinuante.

Zaida repone:—«Te creí dormida.
Nuevas traigo—añadió de gozo llena—
y albricias me darás, gacela herida.»

—«¡Albricias yo!»—Con infinita pena
Fátima exclama, y Zaida en tono vivo:
—«Te lo diré, mas el placer refrena...

¡Vive el Zegrí!»
—Con gesto convulsivo,
como quien, temeroso de perderle,
fijar intenta un sueño fugitivo,

su frente comprimió por detenerle;
luego, con voz de niña apasionada,
babuceó encendida: —«¡Quiero verle!»

IX

LA CONVERSIÓN

En meditaciones fijo,
en la faz la duda impresa,
los brazos sobre una mesa,
y en la mesa un crucifijo;

sin el antiguo vigor,
y la mano enflaquecida
por la dolencia sufrida;
pálido y mate el color.

de las mejillas ajadas;
con hondos surcos en ellas
y en los tristes ojos huellas
de venturas malogradas,

está el Zegrí. Grave idea

descónsoladora, ingrata,
su noble frente delata
pues la entristece y sombrea.

Qué le agita, él sólo sabe;
pero no rencor bastardo,
que en su corazón gallardo
pasión tan baja no cabe.

La gratitud le avasalla,
de su pena vencedora,
pues desde la aciaga hora,
en que cayó en la batalla,

Gonzalo á su misma tienda
le condujo, y como hermano,
allí con su propia mano
puso salvadora venda

sobre la mortal herida,
y lo atendió de tal suerte
que lo arrebató á la muerte
y lo devolvió á la vida.

Por eso su corazón
tiene, como noble y recto,
por Gonzalo grande afecto
y mayor admiración,

y de hermano nombre y mano
diérale sin vacilar,
si un hombre tan singular
pudiera tener hermano.

Lo mueve otro sentimiento:
de Fátima el nombre invoca,
y ese nombre está en su boca
y llena su pensamiento.

¿Quién de un grande amor se olvida
si llega tanto á crecer
que arrancarlo en nuestro ser
es arrancarnos la vida?

Amor que llega á ser tal
que olvido y mudanza excluye,
ni áun con la vida concluye,
que es, como el alma, inmortal.

Un mes há que entró en Granada
victorioso el castellano,
y un mes que Azaator, en vano
pide nuevas de su amada.

Lejos, pues, de que se acabe
su afán, cada hora que cuenta

su vaga inquietud aumenta:
¿huyó? ¿ha muerto?... ¡No lo sabe!

Más según fué de buscada,
sin hallar ni rastro incierto,
no es dudoso que, ó se ha muerto,
ó no se encuentra en Granada.

~~~~~~

De unción y virtud austera
y de perfección dechado,
cuanto famoso, el prelado
fray Fernando Talavera,

así que en Granada entró
y vió la ciudad cautiva
del error, piadosa y viva
propaganda comenzó:

y áun con el Zegrí sostiene
empeño más afanoso,
y con él, afectuoso,
sabias pláticas mantiene;

aunando en esta ocasión
de Isabel votos sinceros,
designios del gran Cisneros
y la propia inclinación.
~~~~~~

que es hombre de calidad,
el moro, y de tal valía,
que su conversión tendría
grande influjo en la ciudad.

Mas á su ruego, Azaator
repite, no convencido,
que, por suerte, no ha nacido
ni apóstata, ni traidor.

Y así, sin mútuo desdoro,
siguen, uno y otro día,
el prelado en su porfía
y en su negativa el moro.

Es la tarde. El sol poniente
arrastra, como ropaje,
el magnífico celaje
que le sigue hasta Occidente.

Entre el encaje prolijo
de la entreabierta ventana,
un rayo de luz lejana
viene á herir el crucifijo.

En la faz del que se inmola
el rayo de luz se aquieta,

y tal la ilusión completa
que le finge una aureola.

Del débil Cristo espirante
que está ante el Zegrí, parece
que la frente palidece
y que se anima el semblante:

y á dudar llega el Zegrí
tanto, se exalta su idea,
si Cristo murió en Judea
ó está agonizando allí.

Él siente en su corazón,
como nuevas peregrinas,
esas palabras divinas
de amor y paz y perdón:

en si mismo vé señales
de su mudanza testigos;
odiaba á sus enemigos,
y hoy vé en ellos sus iguales;

y aunque el fuerte mahometano
quiere esquivar la ocasión,
el rebelde corazón
se le está haciendo cristiano.

Sin que el giro vagamundo
de su pensamiento ceda,
adormecido se queda
como en éxtasis profundo;

y, en ancha senda de luz,
vé que los espacios hiende,
aparición que desciende
abrazada á gruesa cruz.

Sueño, ilusión ó verdad,
ni áun sus contornos precisa,
tan vaga, tan indecisa
como la felicidad.

Más que distingue, adivina
de Fátima la hermosura
en la celeste figura
cuyo esplendor le fascina.

Es ella; su gallardía:
aquéllos son sus cabellos,
sus claros ojos aquéllos
en que bebió luz el día;

sus sonrisas seductoras,
ésas, de amor dulces creces,

en que el Zegrí tantas veces
soñó con besos y auroras...

Y la cruz...
Mas, vaga, incierta,
la imágen bórrase y huye:
el blando sueño concluye,
y óyese un golpe en la puerta.

Se alza el Zegrí: en el dintél
dos bultos vé dibujarse,
y, después, adelantarse
Gonzalo y Zaida hácia él.

De la mora, que solloza,
cada frase entrecortada
como penetrante espada
el corazón le destroza;

convulso, en llanto deshecho,
logra hasta el fin escuchar;
mas, vacila, y viene á dar
de Gonzalo sobre el pecho.

«¡Llora!—dice el castellano—
¡Los fuertes lloran también,
y esas lágrimas cáen bién
sobre el pecho de un hermano!»

Mas, vencido el sufrimiento
que al Zegrí turba y altera,
así habló, y, al hablar, era
grave y solemne su acento:

«¡Gonzalo! Tu fé me inflama:
cristiano soy. Dios lo quiso,
y revelador aviso
hácia la verdad me llama.»

«¡Fátima!—añadió—¡Mi anhelo!
¡Si la adoré de manera
que yo cristiano me hiciera
por encontrarla en el cielo!!»

EPILOGO

Por caballero y cristiano,
ejemplo fué de los hombres
el buen Zegri, que usó ufano
del Gran Capitán los nombres.
No dice la tradición
dónde Fátima enterrada
se encuentra, ni en qué ocasión
el Zegrí murió en Granada;
ni si en la ciudad ha habido
mano alguna que, piadosa,
haya los restos reunido
de ambos bajo humilde losa...
Mas, les da claro arrebol
el mejor cielo de España,
y sus sepulturas baña
el mismo rayo de sol.

Madrid.—Mayo 3.—1889.

LA ALHAMBRA

~

POESÍA

LA ALHAMBRA

LEMA

«Creció de siglo en siglo, y todos los días aumentó en esplendor: ya que estuvo cubierta de oro y de colores, se ciñó de jardines sus brillantes salas...»

Pí y Margall.—GRANADA.

I

Cual de un sueño ostentoso del Oriente
realización audaz y peregrina,
coronada de siglos la alta frente
elévase la Alhambra granadina:
el arte en cada edad, de gente en gente,
la admira absorto, y en dudar se obstina
si los hombres en ella han puesto mano
ó si es creación de un génio sobrehumano.

II

Sueño fué de Alhamar; sueño en que el moro
la portentosa fábrica advertía
como aerea mansión de trazos de oro

en un cielo de luz y de poesía:
dieron minas y sierras su tesoro,
de encantos la pobló la fantasía,
y es de un arte magnífico el emblema
y de una raza el inmortal poema.

III

El fresco patio que corona el cielo
y embellecen las fuentes gemidoras;
el arco que trasmite á muro y suelo
sombras de tarde y resplandor de auroras;
la bóveda gallarda de alto vuelo,
rica de estalactitas brilladoras,
que, suelta y franca, hácia el espacio sube
con la aórea arrogancia de la nube;

IV

el ajimez calado y caprichoso
que el sol visita ansioso de hermosura:
el menudo ataurique primoroso
de experta mano complicada hechura;
el capitel esbelto y prodigioso
de elegante follaje y estructura;
las esplóndidas salas, hoy desiertas,
testigos mudos de venturas muertas:

V

el torreón rojizo y mutilado,
con Granada á sus plantas por alfombra,
cuyo pié lame el Darro sosegado
en cauce angosto, entre arboleda y sombra;
formidable atalaya del pasado
que árabes triunfos y grandezas nombra,
y aún desafía, enhiesto y resistente,
de los voraces siglos la corriente,

VI

de ese poema son himnos brillantes;
sílabas son de luz los trazos puros,
los salones, estrofas fulgurantes,
las líneas, letras, páginas los muros:
doquiera se descubren palpitantes,
de su grandeza y duración seguros,
del Nazarita la inmortal historia,
su poder, su piedad, su fé y su gloria.

VII

Cual mar que, á impulsos de huracán cediendo,
la orilla invade en ola alborotada,

y allí abandona, á su nivel volviendo,
rara perla en su fondo elaborada,
la audaz morisma, en oleaje horrendo
cayó sobre Castilla desbordada,
y, al volver á su centro cual las olas,
dejó la Alhambra en playas españolas.

VIII

Todo se anima á nuestro paso. Deja
el viento adivinar voces pasadas,
y fantástica vida se refleja
en sombras de pasiones agitadas;
créese oir, ya un suspiro, ya una queja,
ó bien frases de amor entrecortadas,
y es la ilusión que en los espacios huecos
vá despertando los dormidos ecos.

IX

La roja sangre, aquí, de Abencerrajes
el mármol suda en mancha acusadora;
allí, triunfa del tiempo y sus ultrajes
el mirador de legendaria mora:

fíngese verla, envuelta en sus ropajes,
y que al par su mirada incitadora
es blando halago, lánguido embeleso,
arrebato, pasión, caricia, y beso.

X

Aquí lloró Boabdil: aquí, afanoso,
articuló su amarga despedida
al partir al destierro doloroso
en donde acabe su infecunda vida:
ya no oirá en el alcázar suntuoso
la palabra del cielo descendida
que así, por siglos, á su raza exclama:
«¡Goza y cree: persevera; vive y ama!»

XI

Un día, el torreón más eminente
que, al destacarse de la Alhambra mora,
comparte con la sierra que está enfrente
la primera caricia de la aurora,
sintió ondear en su morisca frente
de Castilla la enseña vencedora,
y es, de entónces, la Alhambra, doble muestra
de la gloria del árabe y la nuestra.

XII

Ni lloró su mudanza. El mahometano
de un edén puso en ella el vago anhelo,
y le dió el esforzado castellano
por Dios á Cristo, y por corona un cielo:
al placer sensual del africano
de la virtud sucede el vivo celo:
supo el génio del árabe soñarla
y el castellano ardor supo ganarla.

XIII

Aún, el alcázar regio visitando,
resucita el recuerdo de manera
que escuchar nos parece el eco blando
de las pisadas de Isabel primera:
aún sorprendido lo fingimos, cuando
más tarde yá, del tiempo en la carrera,
sintió, férrea, crujir en su recinto
la armadura imperial de Cárlos quinto.

XIV

Tanta gloria es la suya. Simboliza
mútuo valor, creencia diferente,

y los triunfos opuestos solemniza
de la morisca y la cristiana gente;
y al par que al castellano inmortaliza
recibe los suspiros en su frente
que recoge, dolientes y lejanos,
el aire en los desiertos africanos.

XV

¡Hermosa Alhambra! ¡Orgullo de Granada!
Yá realizado tu inmortal destino,
bién puedes adormirte sosegada
al arrullo del Darro cristalino:
yá la ambición del cetro inmoderada
no agitará tu sueño peregrino,
ni turban yá los ecos de la guerra
las hondas cavidades de la sierra.

XVI

Te dá un suelo feraz, lecho de flores
entre arboledas de verdor sombrío;
un cielo, siempre azul, claros fulgores,
su amor Granada, su murmullo el río:
jamás, al recordar triunfos mayores,
podrás sentir devorador hastío:
basta á tu gloria el nombre conquistado;
¡llena el presente quien llenó el pasado!

XVII

¡Y ojalá, de esa fábrica viviente,
en que un arte magnífico fulgura,
para asombro perpétuo de la gente
la duración iguale á la hermosura!
¡Y será! ¡Qué atajando la corriente
que á cuanto existe destrucción augura,
el tiempo mismo, ante belleza tanta,
suspenso y mudo, detendrá su planta!

Madrid.—Mayo 15. 1889.



